

Ángel Herrerín, *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975)*, Madrid, Siglo XXI, 2004, 468 pp.

La historiografía sobre el franquismo, que tanto ha crecido en los últimos años, continúa siendo muy desequilibrada temáticamente. Aunque la historia política ha tenido un desarrollo muy destacado, se ha centrado en buena medida en las instituciones y, en términos comparativos, uno de los ámbitos menos cultivado es el de la historia de la mayor parte de las organizaciones antifranquistas, la actuación de las cuales, si acaso y salvo alguna excepción, ha sido analizada desde el punto de vista de su incidencia en la conflictividad social. Es de esperar que las investigaciones en curso ayuden a cambiar el panorama.

En particular, respecto la CNT, los trabajos disponibles hasta ahora –en parte obras de protagonistas– aunque tengan interés, tanto desde la perspectiva metodológica, como por las preguntas que intentaban responder y por las fuentes que utilizaban, resultan en su mayoría claramente insuficientes. En ese contexto la investigación de Ángel Herrerín viene a cubrir un gran vacío sobre una de las organizaciones más importantes de la primera mitad del siglo XX español. No deja de ser significativo que, cuando hace un par de años, la revista *Ayer* dedicó un monográfico al anarquismo español la cronología se cerrara en 1939. Ciertamente, la explicación de la ausencia de un artículo sobre la etapa posterior a la guerra civil –etapa en que la CNT tuvo un protagonismo social

desconocido hasta entonces, sobretodo en algunas zonas– seguramente se debe buscar en la inexistencia en aquel momento de estudios que hicieran posible la síntesis interpretativa.

Como indica el título del libro, el autor ha analizado la trayectoria de la CNT a lo largo de todo el período franquista y su actuación tanto en el interior del país como en el exilio; esta doble mirada es fundamental pues, como Herrerín demuestra, los militantes del interior fueron incapaces de liberarse de la intervención del exilio en la marcha de la organización. El dilatado período analizado también resulta importante porque permite constatar que, a pesar de las diferencias en etapas tan diversas como los años cuarenta o setenta, las razones de fondo que explican la evolución cenetista son muy parecidas en todos los casos. Por último, hay que reseñar también la diversidad de fuentes utilizadas: documentación oficial, de instituciones públicas y privadas, la esencial documentación cenetista, así como una treintena de entrevistas que han permitido al autor contrastar sus fuentes y llegar al fondo de muchas de las conclusiones a las que le llevaba la documentación escrita.

Los cinco capítulos en que se estructura el libro trazan un perfil bien definido de la evolución de la organización anarcosindicalista y se acercan a algunas de las cuestiones fundamentales para explicarla. El autor sitúa en 1949 la frontera decisiva en la trayectoria de la organización. Antes de esa fecha la CNT en el interior ensayó múltiples fórmulas para recuperar el protagonismo e intentar acabar con el franquismo; para ello era imprescindible superar la represión sufrida, la desmoralización de la militancia como resultado de la experiencia de la guerra

—unos años en los que tuvieron su mayor oportunidad de intervención social, pero que habían generado una intensa amargura— y las terribles condiciones de los años cuarenta. No fue posible, ni para ellos ni para ninguna otra organización. Para salir de la postración era necesario romper con el pasado y prepararse para luchar en las condiciones nuevas y sumamente difíciles impuestas por la dictadura. Eso, algunas organizaciones no lo supieron hacer y otras no quisieron hacerlo.

Desde finales de los años cuarenta una de las causas fundamentales de la frustración cenetista fue la crónica división interna, cuyo origen —explica Herrerín— se encuentra a su vez en las experiencias de la guerra y en el hecho que, bajo las mismas siglas, en realidad convivían dos organizaciones diferentes. Hace tiempo que los estudios sobre el anarquismo en España han puesto de relieve la diversidad permanente del movimiento: el peso de los grupos de afinidad, la distancia entre el anarcosindicalismo y el individualismo ácrata. Ahora bien, después de 1939 y particularmente desde finales de los años cuarenta, más que diversidad lo que existía era un enfrentamiento abierto entre posiciones distintas —en ocasiones agrupadas bajo la denominación de “reformistas” y “puristas”— que derivaron en enfrentamientos personales, y que el autor explica en todo su dramatismo. De especial relevancia para la evolución de la organización en España fue el intento de control ejercido por la FAI, que incluso puso en peligro a la militancia en el interior. En aquel contexto sectario —que ciertamente favorecía la clandestinidad y el acoso represivo— el debate entre “colaboracionismo” y “aislacionismo” se refleja falso, pues

encubría la falta de proyecto de aquéllos que, en la práctica, renunciaban a mantener una actividad resistente. En ese sentido una frase de Federica Montseny, pronunciada en 1945, es suficientemente clarificadora —y al tiempo sobrecogedora en labios de una dirigente política— de la actitud de la dirección en el exilio; Montseny afirmó: «colaboración significa transigencia y lo inteligente es mantenerse salvajemente aislados». Evidentemente, teniendo en cuenta esas posiciones, se explica perfectamente la imposibilidad de los militantes del interior de luchar en las nuevas coordenadas impuestas por el franquismo, y mucho más lo fue a partir de la década de los años sesenta, cuando el país vivió un proceso de transformación económico-social extraordinario.

Herrerín también dedica atención a otra cuestión fundamental: la ausencia de relevo generacional que sufrió la CNT. Sus argumentos son contundentes: los anarcosindicalistas fueron incapaces de hacer un análisis objetivo de la realidad española y, por tanto, no fueron capaces tampoco de presentar una forma creíble de lucha para conseguir los objetivos de los trabajadores. Su profundo anticomunismo les impedía constatar, por ejemplo, que sólo las formas relativamente unitarias de lucha en torno a reivindicaciones compartidas por el conjunto de trabajadores podían tener el apoyo de éstos; un dato explicado por el autor es suficientemente ilustrativo de la ceguera e inoperancia de la organización: la CNT se opuso en los años sesenta a que en la Alianza Sindical Obrera se integrara cualquier organización creada con posterioridad a ¡1936!.

De aquí se deduce fácilmente la ausencia de relevo generacional, que queda ampliamente reflejado en los cuadros y gráficas presentados por el autor; en ellos se muestra que la edad media fue aumentando con el paso de los años, lo que significa que la organización sólo fue capaz de mantener en sus filas a personas que, mayoritariamente, habían sido socializadas políticamente antes de la guerra pero que, al envejecer, no podían llevar el peso de la organización. Tan dramática se fue haciendo la situación, que en 1968 no era posible nombrar un secretario general porque los posibles candidatos aducían que, dada su edad, no se podían permitir el lujo de volver a la cárcel. Evidentemente, esa misma falta de relevo generacional dificultaba la conexión con las nuevas generaciones que se incorporaban a la conflictividad colectiva, al tiempo que hacía más difícil encontrar –o sumarse– a las nuevas formas de actuar que se desarrollaron en aquellos años.

Muchos otros temas son analizados por el autor, como el cincopuntismo, las relaciones internacionales entre los anarquistas, etc. En conjunto la obra es de un gran interés porque por primera vez, con la metodología del historiador y al margen de la organización, tenemos disponible un análisis de la trayectoria de una organización excepcionalmente importante en la historia del siglo XX español.

Carme Molinero

José Luis Ledesma, *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la Guerra Civil*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2004, 362 pp.

De irracional, espontánea, “inundatoria”, homogénea o indiscriminada se suele tildar la represión en la retaguardia republicana durante la guerra civil, siempre según los preceptos analíticos o políticos del analista. Racional, parcialmente controlada, limitada, heterogénea y no dependiente tan sólo de factores exógenos a las comunidades locales es como fue realmente en la retaguardia zaragozana, según el brillante estudio de José Luis Ledesma. Un trabajo que es anticipo de lo que será sin dudas un libro de mayor amplitud territorial que podrá bajo la mirilla acusatoria los mitos desplegados desde 1936 en torno a la represión republicana. Un libro que, además, consigue resituar la violencia de retaguardia en la provincia de Zaragoza entre 1936 y 1938 tanto en los estudios científicos sobre la coerción y la represión en las guerras civiles como en el imaginario público y colectivo. El enfoque adoptado por el autor, del que aquí van a darse los rasgos preponderantes, desde luego facilita las cosas tanto para uno como para otro objetivo.

Lo que para muchas investigaciones es el punto de llegada, la cuantificación de las víctimas mortales de la violencia en una determinada región, es aquí más bien un punto de partida para analizar la violencia